



Ciudades númeres  
Cimporofz númeres

## Gabriela Mistral lee las ciudades: voces, leyendas y musas cívicas

## Gabriela Mistral reads the cities : voices, legends and civic muses

MARÍA CAROLINA BERGESE

Universidad Nacional de Mar del Plata

### RESUMEN

*En este artículo realizaremos un recorrido por algunos textos que escribió Gabriela Mistral en su vida errante por el mundo. Nos detendremos en textos en donde la ciudad es la protagonista y en donde la enunciativa construye recorridos, define, describe y escenifica un mapa oral de esas comunidades, al incorporar otras voces, poemas, diálogos y leyendas de esas urbes. Analizaremos los recados: “Viajar” (1927), “Castilla” (1925), “Mallorca” (1925), la conferencia: “Ciudades númenes” (1948), pronunciada en un desayuno en Long Beach frente al alcalde de la ciudad, y el mensaje radial “Pequeño mapa audible de Chile” (1931). La mayoría de estos textos se publican en la prensa, en particular, en el diario chileno El Mercurio, en donde Mistral colaboró entre los años 1921 y 1956. Tendremos en cuenta cómo se construye la enunciativa, los recursos retóricos empleados para trazar los itinerarios de viaje y la particular visión del viaje de una latinoamericana retratando Europa, Norteamérica y su propio espacio.*

**Palabras Clave:** *Gabriela Mistral, Ciudad, Modernidad, Crónica.*

## ABSTRACT

*In this article, we will explore some of the texts Gabriela Mistral wrote during her wandering life around the world. We will focus on texts in which the city is the protagonist and where the speaker constructs journeys, defines, describes, and dramatizes an oral map of these communities, incorporating other voices, poems, dialogues, and legends from these cities. We will analyze the following texts: "Viajar" (1927), "Castilla" (1925), "Mallorca" (1925), the lecture "Ciudades númenes" (1948), delivered at a breakfast in Long Beach in front of the city's mayor, and the radio address "Pequeño mapa audible de Chile" (1931). Most of these texts were published in the press, particularly in the Chilean newspaper El Mercurio, where Mistral collaborated between 1921 and 1956. We will consider how the speaker is constructed, the rhetorical resources used to trace the travel itineraries, and the vision of the journey of a Latin American woman portraying Europe, North America, and her own space.*

**Keywords:** *Gabriela Mistral, City, Modernity, Chronicle.*

Errante y todo,  
soy una tradicionalista risible  
que sigue viviendo  
en el Valle de Elqui de su infancia  
Gabriela Mistral, *Diario de la errancia.*

Gabriela Mistral solía representarse en sus diarios y cartas como viajera, vagabunda por elección, errante, pero quizás el término que mejor la define es el de "patiloca". Decide emplear un uso coloquial, cómico, para hablar de sí en la intimidad, es decir, usa el habla popular para predicar de sí misma esa cualidad de viajera que connota rapidez, aceleración, vorágine. Pero no olvidemos que fue una mujer que viajó rodeada de otras mujeres, sin la tutela masculina, en los albores de las primeras décadas

del siglo XX y hasta mediados de siglo, a través de diferentes medios de transporte. Como afirma Claudia Cabello Hutt, “era una mujer soltera e independiente que buscaba relacionarse en términos de igualdad con hombres y mujeres, intervenía en política y tenía ambiciones intelectuales” (109). Además, asistió a los cambios que se iban produciendo en la sociedad: guerras, feminismos, democracias, revoluciones, etc. Sus desplazamientos eran, en muchos casos, por motivos laborales, es decir, por su desempeño como cónsul, diplomática, profesora, conferencista o representante de organismos internacionales, como el Instituto de Cooperación de la Sociedad de las Naciones. Aunque también sus destinos eran orientados por su precaria salud, hasta llegó a trazar una suerte de “mapa de reumática” (2019 132) o evaluar los destinos consulares en función de sus malestares corporales. La ciudad y sus enfermedades se vuelven temas recurrentes en sus epístolas, cuadernos y recados.

En este trabajo nos centraremos en una serie de textos de diferentes épocas de la autora, en donde la ciudad constituye el eje estructurante de la discursividad y le permite trazar itinerarios, descripciones y escenificaciones de una oralidad propia de la urbe. Con el ojo atento a los cambios registra, escucha, ve, huele, lee, pero sin dejar de sentirse extranjera, porque siempre dejará en claro su lugar de enunciación: su valle, aunque se encuentre en el epicentro de la modernidad. Como afirma Edward Said, el exiliado observa en función de lo que dejó atrás, pero también en relación a lo que lo rodea, siempre en una doble perspectiva (70), y esto mismo puede apreciarse en el corpus seleccionado de Mistral. Además, el hecho de que estos textos se inscriban posteriormente en medios de prensa permitía que aquello que veía en el mundo llegase a lectores de Latinoamérica y contribuía a generar nuevas formas de mirar. Como expresa Peter Fritzsche, el cronista de fines del siglo XIX y principios del XX “preparaba a los lectores para ver los sitios más espectaculares, pero también a moverse por las calles en la multitud” (30). Esto ocurre en el caso de Mistral, quien venía de un espacio tan opuesto a la vorágine moderna.

En primer lugar, nos detendremos en un texto que publicó en el periódico *El Mercurio*, el 5 de junio de 1927, titulado “Viajar”, mientras se encontraba en Fontainebleau, Francia.<sup>1</sup> En este breve artículo encontramos su punto de vista personal acerca de cómo era desplazarse en esos momentos. Comienza echándole la culpa a los ingleses por crear lo que ella llama “el vicio de viajar”: “Antes el viaje constituía suceso, dividía la vida en dos partes, como el matrimonio; ahora va volviéndose ejercicio vulgar como el baño. Un lunes se desayunará en Copenhague y el miércoles se estará mirando ese magnífico perfil de *affiche* de la Libertad de New York. La facilidad de los transportes mató lo heroico del viaje” (1978 17). En esta cita, la cronista pone en escena el cambio de sensibilidad operado en las nuevas formas de moverse por el mundo. La degradación del viaje es total al compararlo con el baño. Otro detalle de la observación de Mistral es que, al describir el viaje rápido de una ciudad moderna a otra, el sujeto viajero ya no está mirando la ciudad directamente, por ejemplo, la estatua de Nueva York, sino su representación: el *affiche*. Es decir que la ciudad se pobló de imágenes que la sustituyen, imágenes que cumplen simultáneamente otras funciones, tales como la informativa, didáctica, persuasiva, ambiental, estética, creadora (Moles 1976 26). Como afirma Graciela Montaldo al analizar el fin de siglo latinoamericano, la “sensibilidad” se encuentra “amenazada”, acechada y puesta en tensión entre el “pasado —cultural— y la novedad —la vida cosmopolita—, entre un tiempo calmo, de larga duración y el instante efímero de la experiencia urbana” (23). Justamente, Mistral pone en evidencia esa tensión al marcar esos cambios en las formas de atravesar las ciudades y en su propio andar en el mundo: entre su raigambre rural y su destino cosmopolita.

Este juego de comparación entre el pasado y el presente estructura el texto, pero también ofrece un salto hacia el futuro y

---

<sup>1</sup> Estos datos aparecen en el original mecanografiado en el Archivo del Escritor, Legado Gabriela Mistral Donación de Doris Atkinson 2007. <https://www.biblioteca-nacionaldigital.gob.cl/visor/BND:143818>

se pregunta a cada instante sobre cómo serán los viajes en el año 2000. Profetiza que todos habremos viajado por los cuatro continentes y se imagina hasta una legislación del viaje. Todas estas especulaciones encierran una crítica al nuevo estilo de transitar las ciudades: “Viajero de ojo sin vulgaridad de Kodak, sabrá que las grandes ciudades se parecen en su fatalidad de receptáculos internacionales y que solo las menores y medianas contienen el camino de la virtud esencial” (1978 19). La presencia de la cámara fotográfica se transforma en un índice, en un signo de esos nuevos tiempos, que iguala a todas las grandes ciudades. El elogio mistraliano siempre estará, entonces, en el pueblo, en la ciudad pequeña o en lo rural.

El texto oscila en la construcción de una doctrina sobre el viajar elaborada por medio de máximas, definiciones y clasificaciones (“viaje-sport”, “viaje-pasión”, “viaje místico”, “viaje rico”) que ponen en escena la multitud y la despersonalización del sujeto en viaje y, por otro lado, en la proyección de un deseo y de una forma de ser viajero: “el viaje debería ser, mejor, la entrega al azar, una religiosa dación al destino de dorso vuelto” (1978 20). En esta cita, la propuesta es la de un tipo de viaje menos programado, de ida y vuelta entre el sujeto y el espacio elegido. El texto se transforma en un discurso prescriptivo, que coloca a la enunciadora en un lugar de saber experiencial.

Durante su primer viaje por Europa, luego de haber participado en la reforma educacional impulsada por José Vasconcelos en México, Mistral escribe una serie de textos que publica en *El Mercurio* sobre las ciudades recorridas. Tales son los casos de “Castilla”<sup>2</sup> (19 de julio de 1925) y “Mallorca”<sup>3</sup> (26 de julio de 1925). Cada uno de estos artículos adopta una forma particular de acuerdo al espacio visitado y lo que recorta de él en cada caso

<sup>2</sup> El manuscrito está disponible en el Archivo del Escritor del legado Gabriela Mistral Donación de Doris Atkinson 2007: <https://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:141220>

<sup>3</sup> El manuscrito está disponible en el Archivo del Escritor del legado Gabriela Mistral Donación de Doris Atkinson 2007: <https://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:142351>

es bien diferente. Vale mencionar que todavía estos textos no eran denominados “recados”, categoría que luego adoptó en sus entregas periodísticas, las cuales se encontraban entre la crónica y el ensayo, el cuadro de costumbre y la clase magistral, el perfil y el poema, la crítica literaria y la descripción. Sin embargo, ya en estos textos podemos observar trazos de esa forma discursiva, que ella misma definiría en el “Recado para las mujeres chilenas”: “Así llamaba yo a esa especie de ‘conversación’ con los míos a través del mar” (2023 644).

La crónica “Castilla” se inicia haciendo alusión al medio de transporte moderno por excelencia, el tren: “Me despierto en el nocturno de Barcelona a Madrid, a la exclamación amiga de: ¡Vamos atravesando Castilla!” (1978 203). Se inmiscuye en el discurso y en la mirada, las voces, los recuerdos hechos citas, que van haciendo del viaje un collage cultural. El texto se construye por medio de acciones que van llevando al lector por espacios y texturas: “Dejamos atrás la mancha verde de los parques”, “toqué con emoción los sillones”, “Salgo al jardín de arrayanes” (1978 204). Estas marcas discursivas de las organizaciones espaciales, giros y contra giros, propias de las “retóricas caminantes”, en términos de Michel de Certeau, nos guían por el territorio, al mismo tiempo que insinúa las referencias, decires, citas culturales que van construyendo su propia versión de la ciudad referida (113).

Sin embargo, el centro de este texto no es solo el viaje y su posterior recorrido por la ciudad, sino la incorporación de una escena dialógica entre la cronista y una suerte de fantasma: “Entonces veo venir, sin misterio de aparición, chocando el hábito duro contra los bojes recortados, una vieja monja que se pone a mi lado” (1978 205). A medida que avanza el diálogo ficcionalizado, podemos reconocer que se trata de Santa Teresa de Ávila, a quien los españoles la llamaban “la andariega” y “la fundadora”, porque en su vida se dedicó a recorrer España fundando conventos. La selección de esta interlocutora imaginaria le permite espejarse y poner en la voz de un otro una autorrepresentación:

“Yo medí Castilla caminando; llevo el mapa vivo bajo mis pies, hija. No me cansé de fundar. Tú, mujer de Chile, sin fundar,

te has cansado" (1978 205) o autocrítica, cuando pone en palabras de la santa: "¿Sabes por qué? Porque has querido fundar condescendiendo con los hombres, sujetando tu impulso, así se construye sin alegría y la obra, que sale muerta, ni la aprovecha ni Dios ni el Diablo" (1978 205).

Acá el paralelo con la fundación de sus escuelas es claro y se vuelve una suerte de análisis de conciencia. La crónica también se estructura bajo la medición del tiempo, por medio de marcas: "Ya es mediodía", "Se ha ido la tarde", como si estuviésemos junto a ella y su aparición.

Otro tema que aborda es el paisaje europeo, siempre con la mirada puesta en su lugar de procedencia: "Tu tierra no tiene rezagos, le digo; en la mía, la cordillera hace cobijaduras por todas partes" (1978 207). De esta forma, incluye una visión de Chile, pero de las regiones rurales, no de la ciudad, sino de su propia tierra. Como sostiene Cabello Hutt, Mistral "Entreteje en el imaginario otras visiones, voces y afectos, poniendo en cuestión un imaginario histórico y simbólico determinado por perspectivas masculinas y de elite" (118). A su vez, la monja le contesta como si conociese de donde viene, como si la conociera más que a ella misma. Este juego retórico le permite un desdoblamiento que la lleva a argumentar sobre sus propias ideas, a poner el foco en el regionalismo y le permite contar la ciudad atravesada por una imagen reconocible de ese lugar. La crónica es, entonces, un juego de espejos, que asimila a su enunciativa a una figura religiosa, andariega, fundadora, reflexiva.

Por otro lado, producto del mismo viaje por Europa es el artículo "Mallorca". El íncipit de este texto establece la diferencia entre "los viajeros hispanoamericanos", que se sienten cómodos en Barcelona, porque es "muy ciudad en el terrible sentido que ha dado a la palabra Nevo-York (sic)" (1978 215) y la enunciativa que prefiere las "ciudades viejas", el pueblo, la ruralidad. En este caso, el medio de transporte seleccionado para este viaje es el barco. Nuevamente, aparecen las voces de los amigos que hacen recomendaciones en forma entrecomillada y también la voz de Rusiñol, que anticipan apreciaciones sobre la ciudad.

Luego, enumera los lugares recorridos e inventa neologismos para transmitir su experiencia: “Ando intrusando muy discretamente por los nobles patios de las casas señoriales” (1978 215). La figura de la intrusa le permite construirse como un sujeto descolocado, fuera de su lugar, por eso se coloca en el lugar de una paseante, una observadora, una *flâneuse*. Vale aclarar aquí que esta figura estaba asociada, casi exclusivamente, a la figura masculina —*flâneur*—, porque la mujer que deambulaba por la calle estaba sometida a la exposición de su virtud y reputación (Elkin 19). Estas crónicas nos permiten observar qué privilegiaba la mirada de esta paseante mujer a principios del siglo XX, cómo se desplazaba por la ciudad y qué rutas desobedecía.

Esta crónica está atravesada por las referencias culturales, ya que es un viaje que se escribe a la luz de las lecturas y las biografías de artistas y escritores modernistas que vivieron en Palma de Mallorca: Rubén Darío, Chopin y George Sand. La experiencia de su viaje se superpone con la de estos intelectuales y se cruza con las voces, los textos, las leyendas y chismes que circulaban alrededor de la estada de estos sujetos en la ciudad. A su vez, el recorrido le permite relacionar el espacio europeo con su propia tierra natal, a la que ve semejante: “Están, voy diciendo, todos mis amigos en este olivar, y no lo saben. Si yo me quedo aquí vengo a conversar con ellos y nada me falta. Están mis profetas, mis santos y mis poetas” (1978 217). La visita por La Cartuja, lugar donde vivieron estos artistas, está guiada por una guardiana que le muestra las celdas en donde durmieron.

La cronista reproduce entre comillas la voz de la guía, para contar cómo fueron vistos por los pobladores: “Aquí vivieron, dice, un músico polaco, ruso o francés, que estaba tísico y que traía una mujer atolondrada; no se habían casado, eso se supo en la isla y no se les quiso. De la Cartuja acababan de echar a los monjes. Fue feo que la pareja, por ilustre que fuese, viniera a vivir aquí” (1978 219). En medio de la conversación, irrumpe el chisme, entendido como un fragmento narrativo que cuenta con los siguientes componentes: un narrador, la identificación de caracteres sobre un tercero ausente, una historia y una evaluación

moral de los hechos contados (Haviland 1977). La enunciadora selecciona y reproduce en su propio texto el chisme contado por los pueblerinos, al recuperar esa oralidad en la escritura e incluir su percepción: “Eso dice la guardiana, duramente, como si aún la ofendiera la presencia de los amantes muertos” (1978 219). A su vez, la cronista propone otra versión y cita fragmentos del libro de George Sand, *Historia de mi vida* (1855), en donde la escritora francesa ofrece una versión de su estadía allí que contrasta con el chisme, dejando al lector del periódico las dos alternativas.

Como afirma Haviland, solo se entiende el chisme si uno comprende la cultura (66), por lo que los comentarios sobre George Sand nos hablan también de la cultura española y sus prejuicios. En este sentido, en la crónica se incluye explícitamente esta incomodidad frente a ciertos dichos: “Todavía cuenta una vieja de Valldemosa, rica en supersticiones y relatos, el escándalo campesino por la mujer de cabellos cortados, y yo y mis compañeras lo medimos, oyendo el comentario severo que en 1925 hacen en torno de la melena de su maestra de escuela barcelonesa” (1978 221). La cita pone evidencia la mirada cómplice con sus compañeras de viaje, la desaprobación de esos comentarios negativos sobre el cuerpo, la imagen y la pose de George Sand. De esta forma, tal como lo analiza Sylvia Molloy, “la pose finisecular [...] problematiza el género, su formulación y sus deslindes, subvirtiendo clasificaciones, cuestionando modelos reproductivos, proponiendo nuevos modos de identificación” (47). Estas formas de moverse y de mostrarse, típicas de las urbes cosmopolitas, como París, contrastan, lógicamente, con los modos alejados de éstas. En este sentido, es significativo que Mistral cite dicho libro, ya que constituye un texto autobiográfico en el que George Sand reclama el derecho de poder contarse a sí misma. Pero, además, funciona como otro espejo de la chilena, porque ella también es *flâneuse* y solía estar en el centro de los chismes, por no ajustarse a la “performance de género”, en términos de Judith Butler.

Cierra el texto con los comentarios sobre Rubén Darío, quien vivió allí y escribió *El oro de Mallorca* (1913-1914), un texto autobiográfico sobre su vida en la isla, en forma novelada. En este

caso, los comentarios sobre él no son maliciosos: “Casi todas las gentes de Valldemosa lo recuerdan y me lo describen: era alto y pesado, dicen. Andaba por los olivares como muy cansado, y hablaba con el dejo de ustedes, con el acento americano que nos dejó en la isla” (1978 221). Resalta la mediación de esta palabra, “las gentes”, “lo recuerdan”, “me lo describen”, pero se cuela un “nos” que parecería que estos mismos pobladores nos hablaran. El foco está puesto en su corporalidad, su andar y su palabra: “el acento americano”, pero también el cansancio. Mistral interpreta a ese poeta en esa ciudad, al calor de los dichos de otros: “Estaba cansado, dicen los mallorquines. Yo me contesto a sí misma: sí, cansado de las Américas poéticas, atollados en ganado y mal gusto; cansado de las mujeres que amó como sonámbulo, sabiendo tarde que su rostro no era noble como su estrofa” (1978 221). El rumor, el chisme, la leyenda sobre la figura del poeta la conducen a hablarse a sí misma, a contestar esos decires, enumerando núcleos significativos de su vida, interpretando sus deseos y emociones. Se presenta a sí misma como si fuese una experta en Darío, pero también una amiga, alguien cercana a la interioridad del poeta modernista.

Por otro lado, nos interesa realizar un salto temporal y hacer referencia a una conferencia titulada “Sobre las ciudades númerones”<sup>4</sup>, pronunciada en 1948 en un desayuno ofrecido a la poeta por el alcalde y el fiscal de Long Beach. Luego, este texto se publicó en *El Mercurio*, el 11 de marzo<sup>5</sup>, haciendo circular su voz en un soporte escrito, alejado de la situación original de la comunicación. Este discurso, pieza oratoria que leyó en ese contexto tan particular, definido en el propio texto como “íntimo y popular” al mismo tiempo, honra y elogia una ciudad en particular, pero también será un tratado sobre la ciudad como tal.

<sup>4</sup> El manuscrito está disponible en el Archivo del Escritor del legado Gabriela Mistral Donación de Doris Atkinson 2007: <https://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-143573.html>

<sup>5</sup> El recorte del diario puede consultarse en: <https://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:637510>

En esta presentación, decide formular una teoría de la ciudad, pero no de las capitales, sino de las ciudades “anexas y costeras”, esas villas residenciales como California, a las que les asigna una misión, un “destino espiritual”, y por ello las califica como “ciudades musas”. Define así ese tipo de ciudades: “Ella se vuelve de más en más en un asilo para las gentes atarantadas de las metrópolis. Pero, además, ellas van poco a poco tomando ciertas facciones y funciones de Alma Máter, de sedes intelectuales y hasta de seminarios” (178 130). La ciudad se analiza, describe y define: es asilo, refugio de la modernidad, Alma mater, musa, centro espiritual, custodia moral.

La viajera que ya ha conocido diferentes ciudades de Europa, que aparecen nombradas y enumeradas constantemente, no olvida su punto de anclaje, que siempre será su tierra natal. Por eso, el recurso principal de la conferencia es la comparación con la ciudad equivalente en su país: Viña del Mar. Mistral introduce en el espacio norteamericano la toponimia de América Latina, la pone en el centro de su discurso. Incluso se vuelve un discurso utópico al imaginar una *praxis* política, ya que propone, imagina, la posibilidad de crear una red entre este tipo de ciudades. Se construye, en esta zona del texto, desde un *ethos* diplomático pensando las posibles alianzas con la ONU y la iglesia, pero, hacia el final, su *ethos* discursivo se desplaza a su actividad lírica:

“Yo soy un simple poeta que hace versos sin creer en la musa de la cabellera y que cree sin embargo en estas musas cívicas que he pergeñado torpemente delante de ustedes. Lo hago por haber vivido en algunos lugares de tal índole, y conocer bien su suave soplo, el fruto lento y seguro que producen, y la ayuda imponderable que ellas dan al mundo” (1978 132).

En el cierre de la conferencia, entonces, se construye, desde la falsa modestia, como una “simple poeta” que ha “pergeñado torpemente” la caracterización de estas ciudades, que favorecen al escritor, por lo que aporta a ellas una misión superior, que contrasta con la imagen de vorágine, propia de las metrópolis. El elogio, enmarcado en una instancia fraternal como es un

desayuno, busca enaltecer las ciudades que no son el centro de la modernidad.

Para finalizar, nos interesa reparar en esos vaivenes entre la oralidad y la escritura, cómo en los textos mistralianos la ciudad es un amalgama de voces: comentarios, citas, chismes, leyendas, diálogos, que luego se materializan en la escritura y se difunden por medio de la prensa. Mistral siempre tuvo presente la necesidad de pensar el territorio asociado a la sonoridad, tanto de las palabras articuladas en la voz humana como de la naturaleza, por lo que piensa un proyecto, el de construir un “Pequeño mapa audible de Chile” (1931). En el mensaje radial que lleva este título, menciona que, en un mundo que empieza a ser eminentemente visual, se está dejando de lado lo “escuchable”. El texto radiofónico mapea la sonoridad de la naturaleza en los diferentes espacios de la geografía de Chile, pero también de las voces, los gritos, las hablas, los cantos. La toponimia de las ciudades chilenas se va sucediendo como si fuésemos recorriendo el país con una caja de resonancia y, en esta instancia, vuelve la perspectiva comparativa con otros pueblos de Europa, que ya había reseñado, como Marsella o Cataluña. Esta inclusión de la textura sonora, por medio de imágenes auditivas, construye un imaginario del margen, de lo no mostrado, como si se estuviese inmiscuyendo en una zona huidiza. Mistral tiene su propia agenda, que introduce en los diferentes textos que construye como una encajadera tenaz, confiando en que en cada intervención va a captar la atención sobre un aspecto descentrado.

Para Mistral, la ciudad es un nodo problemático, un espacio de tensión en el que no siempre se sentía cómoda, ya que solía autorrepresentarse aludiendo a su raíz rural o “tradicionalista”, como lo muestra el epígrafe de este artículo, pero, sin embargo, su trabajo la llevó a recorrer las principales ciudades del mundo. Ana Pizarro, en el texto “Mistral, ¿Qué modernidad?”, analiza esta paradoja y concluye que: “No deja de ser curioso entonces este rechazo continuo de lo urbano, que entonces como nunca significa modernidad: este modo de escabullirse, de negar, de bloquear el diseño de la ciudad, en un juego de la mirada que

logra no verla” (44). Es decir, su rasgo moderno radica en reconocer esa tensión y en posicionarse como la contracara de esa vida urbana, privilegiando en sus crónicas “la multiplicidad de ritmos y temporalidades emergentes, y que diseñan las formas periféricas de nuestra modernidad” (51). Desde esa mirada ajena, pero inserta en la ciudad moderna, siempre desde una situación de enunciación dislocada, compara, clasifica y define las urbes. Todas estas operaciones son las propias de una intelectual “patiloca”, una *flâneuse*, cuya errancia le permite leer la ciudad desde su particular caja de resonancia, su tierra y sus libros que lleva a cuestas.

\* \* \*

## Obras citadas

- Cabello Hutt, Claudia. *Artesana de sí misma: Gabriela Mistral, una intelectual en cuerpo y palabra*. Indiana: Perdue University Press, 2018.
- De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, 1997.
- Elkin, Lauren. *Flâneuse. Una paseante en París, Nueva York, Tokio, Venecia y Londres*. Barcelona: Malpaso, 2016.
- Fritzsche, Peter. *Berlín 1900: prensa, lectores y vida moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Haviland, John Beard. *Gossip, Reputation and knowledge in Zinacantan*. Chicago: University of Chicago Press, 1977.
- Mistral, Gabriela. *Gabriela anda por el mundo*. Santiago: Andrés Bello, 1978.
- Mistral, Gabriela. *Bendita mi lengua sea*. Santiago: Catalonia, 2019.
- Mistral, Gabriela. *Recados completos*. Santiago: La Pollera, 2023.
- Moles, Abraham. *El afiche en la sociedad urbana*. Buenos Aires: Paidós, 1976.
- Molloy, Sylvia. *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2012.
- Montaldo, Graciela. *La sensibilidad amenazada*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1994.
- Pizarro, Ana. “Mistral, ¿Qué modernidad?” *Re-leer hoy a Gabriela Mistral: mujer, historia y sociedad en América Latina*. Ottawa: University of Ottawa, 1997, pp. 43-52.
- Said, Edward. *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós, 1996.